

## SOBRE UNA CASA Y UN COLEGIO

El Colegio de México cumplió el 8 de octubre pasado veinticinco años de edad sin que nadie le dedicara un recuerdo... al menos un recuerdo público. Quizás en Inglaterra o Francia poco o nada sorprendería que un hecho semejante pasara desapercibido, tan numerosos, antiguos y ricos son sus centros culturales y educativos; pero aquí las cosas se dan de otro modo. En México no abundan; los embates del tiempo pronto siegan sus vidas o apenas respetan el penacho de sus nombres; en todo caso, ninguno ha sido o es rico. Por eso, en nuestro lindo país toda empresa educativa o cultural es una aventura... y las aventuras siempre resultan interesantes y divertidas, como sin duda es la del Colegio de México. Nace en 1940 de La Casa de España en México; pero ésta, a su vez, tuvo su historia.

ENTRE los varios pecados que se le cuelgan a los "científicos" porfirianos está el de haber borrado a España de su propia preocupación intelectual y más todavía del panorama educativo nacio-

nal. Así, Pablo Macedo, quien la eligió como lugar de su destierro, por razones económicas y de lengua, se dolió con exaltación de haber descubierto a España tan tarde, ... a siete breves años de su muerte.

Como hecho simple y aislado, el cargo es fundado; pero no si quiere decirse que <sup>los porfiristas</sup> ellos inventaron semejante olvido, pues, con todo lo <sup>insensata</sup> irracional que pueda parecer, es una tradición nacional vieja y profundamente arraigada. Tanto, que a pesar de la rectificación que representó el Ateneo de la Juventud a todo el clima intelectual porfiriano, y a pesar también de la actitud y de la obra de algunos de sus miembros (Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes y Alejandro Quijano, por ejemplo), los que seguimos del Ateneo caímos en esa tradición sin esfuerzo ni remordimiento.

Ciertos hechos, sin embargo, me ayudaron a salir de ella. Vino la República en España, y con ella su primer embajador en México, Julio <sup>yo</sup> ~~A~~lvarez del Valle. Hombre cordial, activo, guiado siempre ~~por~~ por su oficio de periodista y sin las ~~xxx~~ trabas del diplomático profesional, pronto se puso en contacto con todos los "liberales" mexicanos. Por eso pronto comencé a frecuentarlo. Además, los republicanos españoles habían hablado de hacer una

reforma agraria, y en ese momento no había sino el "modelo" mexicano. En fin, a don Fernando de los Ríos, ministro de educación, lo ~~suble~~ sublevaba el espectáculo del rebaño estudiantil que trotaba ciega, automáticamente a la escuela de derecho, sin reparar en que la primera guerra mundial había abierto campos deslumbradores a las otras ciencias sociales, para no hablar de la tecnología y la ciencia. Don Fernando resumía la situación diciendo que, a más del lugar de nacimiento y la edad, las constituciones españolas debían haberle pedido al ciudadano ser católico y abogado. La primera maniobra diversionista que intentó el ministro de Educación fue hacia la economía; para hacerla, invitó a profesar cursos a economistas de gran renombre, el primero de los cuales fue Werner Sombart.

La conjunción de esas tres circunstancias fortuitas me trajo la invitación para dar un curso sobre la ~~re~~ reforma agraria mexicana en la Universidad Central de Madrid, y así se estableció mi primer contacto con España. El curso de marras fue un fracaso completo por dos razones principales: la primera, que el buen secretario de la Facultad de Filosofía lo puso a la misma hora e iguales días que el curso de José Ortega y Gasset, entonces en el

cenit de su gloria; la segunda, que la reforma agraria no interesaba en absoluto a los universitarios, quizás porque ignoraban el dato dramático de que el uno por ciento de la población de su país detentaba el cincuenta y uno por ciento de la tierra.

~~Enxaxax~~ No fue ése el único fracaso mío en aquella primera visita a España. En 1928, ~~de~~ <sup>mente</sup> casualidad regresamos al mismo tiempo de estudiar economía en el extranjero Eduardo Villaseñor, Antonio Espinosa de los Monteros y yo; pronto nos juntamos con Manuel Gómez Morín, el único que se había quedado aquí estudiándola. En seguida convinimos en la necesidad de crear siquiera una sección de estudios económicos dentro de la escuela de Derecho, porque <sup>entonces</sup> se llamaba a sí misma de derecho y Ciencias Sociales.

Pero no tardamos nada en descubrir que aquí resultaba imposible implantar los métodos de enseñanza que habíamos sufrido, Eduardo Villaseñor en la Escuela de Economía de Londres, y Espinosa de los Monteros y yo en Harvard. Los estudiantes nuestros no podían hacer la cantidad de lecturas que se hacían en aquellas escuelas porque la mayoría de ellos trabajaba en las mañanas para ganarse la vida, pero más aún porque todos los libros de economía eran ingleses y norteamericanos y rarísimo era el estudiante x

*podía leer el*

mexicano que ~~sabía~~ inglés. ~~para aprovecharlos~~ Resolvimos enton-

*Para ello,*

ces intentar su traducción y publicación en español. Resolvimos

por lo pronto ampliar <sup>nos</sup> el círculo de nuestras deliberaciones lla-

mando a él a Jesús Silva Herzog, quien brusca y entusiastamente

había resuelto hacerse economista, y a Emigdio Martínez Adame,

porque entonces comenzaba su <sup>calenda</sup> carrera política como presidente de

la Sociedad de Alumnos de Economía.

A pesar del refuerzo, ninguno tuvo en ese momento la idea, o siquiera la aspiración, de crear en México una empresa editorial que resolviera aquel problema nuestro. Por eso me aproximé a Paco Rubio, no sólo por representar en nuestro país a ~~la~~ Espasa Calpe, la editorial española de más fuste, sino porque Rubio, como buen andaluz, era cordial y abierto, es decir, accesible a la presentación del plan, que debía reexpedir a Madrid, pues sus funciones aquí eran puramente comerciales. Mi documento consistía en una explicación de por qué creíamos que esta serie de economía podía tener éxito comercial y por qué Espasa debía apresurarse a publicarla. Abultaba yo en mi memorandum una hazaña reciente del rival más próximo <sup>de</sup> España: en efecto, M. Aguilar <sup>S</sup> había publicado hacía poco una <sup>nueva</sup> buena versión del ~~xxx~~ Capital de

Marx. Yo argumentaba que a pesar de tratarse de un libro abstruso y extensísimo; a pesar de ser dudosa la paternidad de la traducción del alemán (anunciada como de Manuel Pedroso, se aseguraba que éste sólo la había firmado), de presentarse en un formato imposible de tamaño y peso, la edición se había agotado al poco tiempo. A este breve y mañosa introducción seguía una lista de cincuenta títulos de posible publicación, clasificada en secciones: manuales introductorios para el lector general; cursos medios para estudiantes, etc., etc.

Como Rubio no recibiera una respuesta inmediata, comencé a apremiarlo para que la pidiera; pero ~~xxxxxxx~~ ~~sin llegar~~ pasaron sin que llegara, los meses. Así, la invitación para ir a España resultó ~~o~~ oportunísima para reanudar mis gestiones. Le escribí con buena anticipación a Genaro Estrada, nuestro embajador en Madrid, amigo mío, entusiasta editor y hasta impresor (sostenía, y lo demostraba, que era un cajista profesional). Le mandé copia de los documentos entregados a Rubio, mil argumentos nuevos y una excitativa para que trabajara el asunto como propio. Genaro se valió de Fernando de los Ríos: además de amigo suyo, era el consejero de ciencias sociales en España. Don Fernando acogió la idea con gran calor, entre otras razones, porque nuestro plan ~~entraba~~ embonaba a

maravilla con el suyo de desviar al universitario español del derecho a la economía, según lo he dicho ya.

Pero en la primera conversación que ~~xxx~~ tuvimos en la embajada, Estrada me dio la nueva fatal. Don Fernando, en efecto, había hecho una presentación tan inteligente y reiterada, que por un momento pareció ~~obvio~~ que el consejo de administración de Espasa aprobaría el plan; pero justamente por esto, José Ortega y Gasset, consejero general y <sup>el</sup> de mayor autoridad intelectual, ~~para el consejo~~ lo condenó. No porque lo encontrara inoportuno o defectuoso, sino porque lo vio como una intromisión de América en España. El día en que los americanos --había concluido sus argumentos-- tengan algo que ver en nuestra <sup>vida</sup> editorial y universitaria, <sup>ambas</sup> ésta se convertirá en una cena de negros. Al referirle este triste desenlace, don Fernando le dijo a Genaro que el discurso de Ortega había sido magnífico, si bien lo concluyó con un desliz etnológico, <sup>pues debió haber dicho que</sup> todo esto se convertiría en una cena "de indios".

Cuando le conté mis cuitas, de don Enrique Diez Canedo salió la idea de hacer una nueva intentona con Aguilar, el segundo editor de España. Para ello me llevó con Alberto Ximénez Frau, tanto por su estrecha amistad con Aguilar como porque su famosa

Colección Granada <sup>le</sup> ~~to~~ había despertado <sup>a Viñetas y Fraile</sup> un gran interés en las li-  
editoriales. <sup>españolas</sup>  
des Alberto era uno de los pocos civilizados que reunía a los  
amigos en su casa, de modo que organizó un buen almuerzo cuyos  
comensales de honor éramos Aguilar y yo. A la hora del café,  
nos dejó solos, o más bien acompañados con una botella de exce-  
lente jerez. No saqué de Aguilar sino la promesa de que refle-  
xionaría sobre el plan y aun estudiaría la lista de títulos; pero  
ni siquiera quiso comprometerse a resolver mientras yo estaba  
en España.

De estos dos fracasos, dolorosos como fueron, saqué valio-  
sas enseñanzas, entre otras, la resolución de hacer en México  
las publicaciones de economía, que a poco emprendería el Fondo  
de Cultura Económica. Pero saqué un provecho todavía más perdu-  
rable: mi conocimiento y mi relación con numerosos intelectuales  
~~de~~ españoles, y con España misma, pues salvo la parte Norte, viajé  
por ella cuanto pude. Y pasé por una experiencia semejante a  
la de Pablo Macedo: al resucitar en mí de modo inequívico la he-  
rencia española, tuve la clara impresión de cómo era visiblemente  
incompleto el mexicano que sólo sentía en su ser al antepasado  
indio.

↑

u

HICE los mejores esfuerzos posibles para quedarme en España un tiempo más largo, pero resultó imposible: el dinero que me pagaron por mi curso no podía bastar para sostenerme con toda mi familia más allá de unos cuantos meses, y mi amigo Primo Villa Michel, entonces ministro de Economía, no se resolvió a nombrarme agregado comercial de la embajada en Madrid. Regresé, pues, a México, donde inicié una serie de aventuras burocráticas, una de las cuales, la que importa ~~para~~ para este relato, fue mi designación, en enero de 1935, como consejero económico de nuestra embajada en Washington. El año y medio que estuve allí fue realmente terrible: era la primera vez que había un consejero de esa índole, y, en consecuencia, sobre mí cayó todo el trabajo que antes desempeñaban bien o mal los funcionarios de nuestro Servicio Exterior. Además, surgieron asuntos graves y nuevos, como el de negociar un nuevo tratado comercial con Estados Unidos y la política "platista" del gobierno americano, que puso al nuestro en más de un aprieto. Y no puedo olvidar dos circunstancias que también coadyuvaron a ser fatigosa mi labor en Washington. Narciso Bassols era nuestro secretario de Hacienda, lo cual quiere decir que esperaba de mí, como de toda persona que trabajara

en su ministerio o tuviera un nexo con él, jornadas de trabajo sin término. Y era secretario de Hacienda de Estados Unidos

*Morgenthau*, ~~x~~ <sup>el</sup> ~~uno de los~~ funcionarios ~~x~~ extranjeros ~~x~~ más in-  
comprensivos ~~x~~ y altaneros ~~x~~ que yo <sup>había</sup> ~~haya~~ conocido <sup>hasta entonces.</sup> ~~en mi vida.~~ El  
resultado final fue que tuve que pedir paz.

Por conducto de mi gran amigo el general Francisco J. Mú-  
gica, le pedí al presidente Cárdenas que me trasladaran a Lisboa  
dando  
~~xxxx~~ sin mucho pudor la razón de que quería tomar un buen res-  
~~xxxx~~ piro.